

LAS
IGLESIAS
DE CRISTO

¿QUIÉNES SOMOS?



MACK LYON

BÚSQUEDA PROGRAMAS

Junio 2006

JUNIO 4 - *LAS IGLESIAS DE CRISTO: ¿QUIÉNES SOMOS?*

JUNIO 11 - *¿QUIÉN COMENZÓ LA IGLESIA DE CRISTO, Y CUÁNDO?*

JUNIO 18 - *¿POR QUÉ TANTAS DENOMINACIONES?*

JUNIO 25 - *¿ES NECESARIO SER UN MIEMBRO DE LA IGLESIA DE CRISTO?*

INTRODUCCIÓN

Durante la última parte de marzo de 2006, los medios de comunicación nacional hicieron que la iglesia de Cristo fuera objeto de la atención pública. Nancy Grace, del programa noticiero *CNN Headline News*, presentó a su invitado—un predicador bautista—para definir a la iglesia de Cristo. Después de ese programa, Mack Lyon recibió muchas peticiones—de miembros y no-miembros de la iglesia de Cristo—para abordar las acusaciones de que la iglesia de Cristo es una “secta” y un “grupo de fanáticos supersticiosos” que Alexander Campbell estableció 150 años atrás. Este libro es una transcripción de la respuesta de Mack Lyon en cuatro sermones.

Mack Lyon declaró que no tenía senti-mientos malos hacia el invitado de Nancy Grace. (Él sí se preguntaba por qué Nancy Grace escogió a alguien que no era miembro de la iglesia de Cristo para explicar nuestra posición). En el sermón final de esta serie, el Sr. Lyon dijo a sus televidentes:

Quando Jesús me salvó... Él inscribió mi nombre en Su Libro de la Vida en el cielo (Filipenses 4:3)...y, ¿sabe qué? Pasó a lo menos una década completa...hasta que oí el nombre de Alexander Campbell por primera vez.

Aquí está la introducción de Mack Lyon al comienzo de la primera lección de esta serie (4 de junio de 2006):

“Bienvenido a nuestro programa bíblico *En Busca del Camino del Señor*. Si usted estaba mirando *CNN Headline News* el 27 de marzo por la noche, debe haber sido testigo de la difamación en contra de las iglesias de Cristo que sostienen nuestro programa. (Probablemente la presentadora de ese segmento no tenía la mala intención de calumniar a la iglesia de Cristo. Pero no hay manera de saberlo. Solo Dios lo sabe). Independientemente de sus intenciones, si ella estaba tratando de aprender acerca de quiénes somos y qué creemos, ¿por qué invitaría a un predicador bautista para definirnos? Yo me pregunté, como tal vez usted lo hizo, si ella pensó que un predicador bautista sabría más acerca de quiénes somos y qué creemos que uno de nosotros”.

“De todos modos, el triste resultado es que el predicador bautista definió a la iglesia de Cristo como una “secta” o un “grupo de fanáticos supersticiosos” que Alexander Campbell estableció alrededor de 150 años atrás. Bueno, ¿cree que esto es nuevo? La iglesia de nuestro Señor ha sido apodada erróneamente y despectivamente como una secta por casi dos mil años. Si duda de lo que digo, abra su Biblia y lea Hechos 28:22. Algunos de los líderes judíos dijeron al encarcelado Pablo, ‘Queríamos oír de ti lo que piensas; porque de esta secta nos es notorio que en todas partes se habla contra ella’. Así que lo que está pasando no es nada nuevo. Pero describirnos como un ‘grupo de fanáticos supersticiosos’ no es solamente nuevo, sino es absolutamente falso, mi amigo”.

“Ya que este programa es muy extensamente recibido entre las iglesias de Cristo en los Estados Unidos, muchos de ustedes, y otros que no tienen el privilegio de ver el programa, me han escrito pidiendo que hable acerca del tema de quiénes somos y qué realmente creemos”.

LAS IGLESIAS DE CRISTO: ¿QUIÉNES SOMOS?

Hechos 2:42–47

Mi amigo, debo comenzar diciéndole que no estoy hablando oficialmente por las iglesias de Cristo. Ni yo, ni ninguna otra persona, ni ninguna congregación, ni ningún grupo de congregaciones, ni ninguna universidad, ni ninguna publicación pueden hacer eso. Nosotros somos un grupo de algo de 9,000 congregaciones independientes en los Estados Unidos, las cuales consisten de algo de 1,500,000 de adherentes. Y mundialmente—¿quién podría decir? Varios años atrás, algunos norteamericanos que viajaban a la India me informaron que se cruzaron con una iglesia que enseñaba, creía y adoraba así como lo hacemos nosotros en las iglesias de Cristo en los Estados Unidos. Hasta ese entonces, ninguno de nosotros sabía acerca de ellos. Pero ciertamente, el Señor sí lo sabía.

Tenemos conocimiento de algo de 27,000 iglesias de Cristo alrededor del mundo, incluyendo a las iglesias en los Estados Unidos. Esas congregaciones consisten de algo de dos millones de adherentes. Y así como lo eran en el tiempo del Nuevo Testamento, esas congregaciones son completamente autónomas. Ciertamente se autogobiernan. Es decir, no están ligadas por un credo humano común, un catecismo, una confesión de fe, o por cualquier clase de jerarquía eclesiástica, como una convención o una conferencia. Sin embargo, comparten una fe común. Adoran de igual manera; predicán el mismo Evangelio.

Oh sí, existen algunas divisiones entre nosotros, así como había divisiones en algunas congregaciones en el Nuevo Testamento. Las enseñanzas del Nuevo Testamento nos amonestan a causa de estas divisiones, así como amonestaban a las iglesias en el primer siglo. Debemos esforzarnos más para encontrar una unidad superior entre nosotros. Ciertamente debemos hacer eso (Efesios 4:1–6). No obstante, a pesar de algunas divisiones, estamos generalmente unidos como “iglesias de Cristo” por tres factores importantes:

- Por un amor común hacia Dios y Su Hijo Jesucristo. Dios es el Padre de todos nosotros, y Jesucristo que nos redimió a todos es nuestro único Salvador. Él también es el hermano mayor de todos los que hemos sido redimidos por Su sangre.
- Por nuestro amor los unos a los otros.
- Por nuestro compromiso firme a la verdad bíblica en nuestra fe, trabajo, adoración y enseñanza.

En vista de la incredulidad y falta de respeto en nuestra sociedad norteamericana hacia cualquier cosa llamada “iglesia”, es necesario que defina la palabra *iglesia* al comenzar nuestro estudio.

Una de las definiciones que mi diccionario ofrece para la palabra *iglesia* es “un edificio para adoración pública y especialmente religiosa”. También incluye la palabra “denominación” como sinónimo. Nosotros sabemos que nuestros diccionarios definen las palabras de acuerdo a su uso común. Pero la palabra que se traduce como “iglesia” en la mayoría de nuestras versiones bíblicas en español no hace referencia a un edificio o a una denominación. *Denominación* significa nombre o división. Por ejemplo, nosotros nombramos y dividimos nuestras monedas en cantidades de cinco, diez y veinticinco centavos. La iglesia de Cristo bíblica no está dividida en denominaciones, y no es nombrada según este entendimiento. No consiste de denominaciones. Ni tampoco es una entre muchas denominaciones.

Amigo, ¿qué piensa que Jesús quiso decir en Mateo 16:18 cuando declaró: “Edificaré mi iglesia”? ¿Estaba diciendo, “Edificaré mi denominación”? ¿Cree que cuando la Biblia registra en Hechos 20:28, “la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”, está diciendo, “la denominación del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”? No, no, mi amigo. Esta idea no tiene su origen en la Escritura. Claramente, la iglesia que le pertenece a Cristo no es una denominación o una mezcla de iglesias denominacionales hechas por hombres y modeladas en conformidad con el deseo o la opinión de una persona. ¿Cree que es posible que exista en este pueblo una iglesia de acuerdo al patrón divino—una que está dedicada a pertenecerle a Cristo como se enseña

en el Nuevo Testamento? Yo no veo por qué deba ser imposible. ¿Sería ésta un grupo de fanáticos supersticiosos? No. ¿Sería una secta? No. Bueno, si más de dos millones de personas alrededor del mundo están procurando ser la iglesia de la cual leen en sus Biblias, ¿pueden serlo? Desde luego que sí; ¡y nosotros también deberíamos tratar de serlo! ¡Esto realmente me emociona! ¡Quiero ser parte de ese esfuerzo! Y si ese no es el propósito de la Biblia, entonces la Biblia no tuviera una utilidad real. Amigo, eso es lo que somos y lo que nos esforzamos a ser—la iglesia del Señor que se encuentra en las páginas de la Biblia.

Ahora, ¿qué creen las iglesias de Cristo? Una de las maneras en que podemos conocer a una persona o a un grupo es conociendo lo que creen. Como dije anteriormente, no puedo hablar por todas las iglesias de Cristo, pero yo viajo mucho, y las iglesias con las cuales estoy asociado creen lo siguiente:

- Creemos en un Dios (1 Corintios 8:4), el Dios de la Biblia que se manifiesta en tres maneras: Dios el Padre (Mateo 6:9), Dios el Hijo (Juan 1:1–14) y Dios el Espíritu Santo; y estos tres son uno (1 Juan 5:7). Dios conocía la necesidad y Él planeó el sistema para la redención humana. Cristo lo cumplió. Y el Espíritu Santo lo reveló.
- Creemos que la Biblia es la Palabra inspirada y dada por aliento de Dios (2 Timoteo 3:16–17). Creemos que la Biblia es absolutamente autoritativa y que provee completamente al hijo de Dios con todo lo que necesita para dirigir su vida en este mundo. Creemos que la Biblia dirige al hombre en su obra para el Señor, en su adoración y en sus relaciones. Como las Escrituras dicen, le prepara para toda buena obra. Creemos que si un credo humano contiene algo más que la Biblia, entonces contiene demasiado. Si contiene algo menos que la Biblia, contiene muy poco, y si contiene lo mismo que la Biblia, entonces es superfluo e innecesario.
- No solamente eso, sino los credos humanos también son divisivos, sin tener en cuenta las formas que tengan, los nombres que lleven, los autores o las buenas intenciones que tengan. Yo no creo que la Biblia—y solamente la Biblia—transforme a una congregación en un grupo de fanáticos supersticiosos. ¿Lo cree usted? Una de las marcas de un grupo fanático es que es fundado por un personaje carismático que supuestamente ha tenido alguna comunicación especial de Dios. Esta persona ha escrito la comunicación en un libro que reclama inspiración divina, y que es tan autoritativo—o incluso más autoritativo—que la Biblia. Mi amigo, las iglesias de Cristo no tienen tales personajes.
- Creemos que algunos comportamientos son pecaminosos. Eso no quiere decir que seamos sentenciosos; eso es solamente uno de los hechos de la vida. Y como Dios enseña en la Biblia (Romanos 5:12), creemos que toda persona que tiene un estado mental responsable ha pecado contra Dios. No creemos que nacemos en depravación total, que no podemos procesar ningún pensamiento bueno o hacer ninguna obra buena, o que somos culpables de la transgresión de Adán. No somos responsables de los pecados de nuestros antepasados (lea Ezequiel 18). Nosotros pecamos después que nacemos (Salmos 58:3). Nuestras iniquidades nos han separado de Dios y han ocultado de nosotros Su rostro (Isaías 59:2). Y ya que ninguna persona puede salvarse a sí misma por medio de algún sistema, plan, obra propia o ajena, debemos apelar a la gracia de nuestro Dios para encontrar el perdón de los pecados (Efesios 2:8–10). Creemos que Dios tiene una gracia incomparable que dio a Su único Hijo, Jesucristo, para que a través de la fe en Él, los pecadores sean perdonados y reconciliados con Dios (2 Corintios 5:17–21). Jesús dijo, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).
- Creemos que Dios requiere que el pecador crea en Su Hijo para ser perdonado (Juan 3:16). Esta no es una petición o sugerencia útil; esta es una necesidad total, un requerimiento ¡o un mandamiento! Así que aunque Él ha abierto una puerta ancha que incluye a “todo el que quiera” (Apocalipsis 22:17), Él excluye a mucha, mucha, mucha gente más que no cree en Cristo como Su Hijo. ¿Significa eso que somos un grupo de fanáticos supersticiosos?

- También creemos lo que Jesús dijo, “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Juan 8:31). La Biblia presenta a Jesús diciendo esas palabras a “los judíos que habían creído en él”. En otra ocasión Él preguntó a Sus discípulos: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46)—una pregunta muy buena que deberíamos considerar hoy. Por tanto, creemos que la fe que nos salva no es la fe muerta que Santiago describe en el capítulo 2:26, sino la fe que obedece a Dios. Ciertamente, no creemos que exista alguien que crea seriamente que la persona que no hace lo que el Señor dice será salva. Si existe alguien que cree eso, entonces debe leer Mateo 16:24 otra vez.

Jesús predicó el arrepentimiento más que otro predicador o escritor de la Biblia. A algunos les dijo, “No; antes si no os arrepentís... pereceréis” (Lucas 13:3, 5). Y después de Su resurrección, comisionó a Sus apóstoles diciendo “que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” (Lucas 24:47). También les comisionó a comenzar ese trabajo en Jerusalén. La primera vez que se predicó Su nombre, Pedro dijo, “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros... para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). Hoy en día los que somos parte de la iglesia de Cristo decimos lo mismo a la gente.

Oremos.

Padre, te agradecemos por Tu iglesia y por la revelación de Tu Hijo en la Biblia. Ayúdanos a seguir la Biblia diligentemente. En el nombre de Jesús, oramos. Amén.

Cuando el apóstol Pedro predicó en ese día de Pentecostés, dijo a su audiencia que se arrepintiera y bautizara en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados. Los que recibieron su palabra fueron bautizados. Y ese día como tres mil personas se añadieron (Hechos 2:41). El versículo 47 dice que ellos tenían “favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”.

Como aprendimos al comienzo, la iglesia es la gente—la gente salva, la gente llamada. Ellos son llamados por Dios mismo para salir del mundo y formar el cuerpo de los redimidos. Ya que el Señor los salvó, Él sabía a quiénes añadir a la iglesia. Por tanto, la iglesia y los salvos son las mismas personas. Eso nos ayuda a entender que la declaración, “Yo soy salvo pero no quiero tener nada que ver con la iglesia”, es equivocada. ¿No lo cree? Eso no quiere decir que los primeros cristianos tenían una lista de membresía que uno de los apóstoles, o alguien escogido, mantenía al día. En cambio, el Señor añadía los nombres de los salvos al Libro de la Vida del cual leemos en Apocalipsis 3:5. ¿Los hacía eso un grupo de fanáticos supersticiosos? ¿Fueron ellos el primer grupo fanático religioso? No lo creo, mi amigo, ni siquiera por un momento. Y no creo que usted lo crea, ¿o me equivoco?

La palabra *iglesia* aparece alrededor de 110 veces en la Versión Reina Valera; algo de 75 veces en la forma singular y el resto en la forma plural. Incluso en la forma plural, no significa denominaciones. En la forma plural hace referencia a las congregaciones de la misma fe en una localidad general como en Gálatas 1:2: “las iglesias de Galacia”. Y en Hechos 9:31 se hace referencia a “las iglesias... por toda Judea, Galilea y Samaria”. Sin embargo, algunas veces se usa para denotar a la membresía de una iglesia—“las iglesias de los gentiles” (Romanos 16:4). En ese mismo capítulo, Romanos 16:16, las Escrituras dicen, “Os saludan todas las iglesias de Cristo”, indicando que las congregaciones pertenecían a Cristo. Él adquirió a la iglesia “por su propia sangre”, e individualmente, a cada alma que la compone (Hechos 20:28). Cuando alguien llegaba a ser salvo, Él le añadía a la iglesia. Por tanto, la iglesia es Su posesión adquirida por precio de sangre. Yo no puedo entender por qué alguien no desearía ser parte de la iglesia.

Es obvio que muchos no entienden de qué se trata la iglesia del Señor. ¿No lo cree? Esa es una de las razones por las cuales estoy dedicando estos programas en este mes al tema de la iglesia. No es mi propósito ser contencioso u ofensivo, sino ser útil e informativo. Y espero que usted me considere en esa manera.

Dios le bendiga. Le amamos.

¿QUIÉN COMENZÓ LA IGLESIA DE CRISTO, Y CUÁNDO?

Mateo 16:13–19

En caso que no haya oído el mensaje de la semana pasada, necesito comenzar diciendo: Nadie puede hablar oficialmente por las iglesias de Cristo. Nosotros somos un grupo muy unido de congregaciones independientes, como lo fueron los cristianos en el tiempo del Nuevo Testamento. No tenemos una organización superior a la congregación local. No nos acatamos a ningún credo humano de ningún nombre. Ninguna universidad, publicación o persona—ni yo—podemos establecer lo que debemos creer y enseñar. Nosotros estamos de acuerdo en esto: aceptamos la Biblia como nuestra única regla de fe y práctica. Así como pasa actualmente en todo—la ley, la moralidad, la política y la religión—hay algunos en la iglesia que son más estrictos en su interpretación de las Escrituras (algunos dirían “dogmáticos”) y otros que son más relajados (algunos dirían “liberales”). También está la mayoría que acepta la Biblia como su autoridad final. Ellos toman en consideración lo que Dios dijo a Moisés en Deuteronomio 5:32: “No os apartéis a diestra ni a siniestra”.

Nosotros nos esforzamos por evitar el extremismo. Desde luego, en nuestra cultura actual, cualquiera que se adhiera estrictamente a la Biblia como su regla de fe y moralidad es considerado un extremista. Y algunos, como el invitado de Nancy Grace, van tan lejos como para considerarnos un *grupo de fanáticos supersticiosos*. Bueno, no es nuestra responsabilidad cuestionar la honestidad de esta persona, aunque su información fue extremadamente limitada, y su elección de palabras fue muy pobre.

Ahora vayamos al mensaje de hoy: “¿Quién Comenzó la Iglesia de Cristo, y Cuándo?”. En su carta a la iglesia en Éfeso, el apóstol Pablo afirmó su apostolado (Efesios 3:1–7). Ya que había llegado a ser el apóstol de Cristo—así como él mismo dice en 1 Corintios 15:8, “como a un abortivo”—él tenía que contender con los que dudaban de él en todo lugar que fuera. Él comenzó su afirmación en Efesios 3:1, pero a causa del breve tiempo que disponemos voy a comenzar desde el versículo ocho.

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor (Efesios 3:8–11).

Amigo, usted puede ver que antes que el tiempo comenzara—antes de los eventos de Génesis 1, en la eternidad—Dios tenía a la iglesia en mente y en Su “plan principal” para la creación. Los filósofos hace mucho tiempo han dicho que la iglesia era algo bueno hasta que Pablo la organizó como una iglesia. Bueno, yo no me atrevería a menospreciar a la iglesia llamándola una organización meramente humana—creada por Pablo o por cualquier otro. La iglesia de la cual lee en su Biblia es una parte vital del plan eterno de Dios—incluso antes de la creación. Ocho veces en la Biblia se la llama la “iglesia de Dios”. Y tres veces se hace referencia a las congregaciones como las “iglesias de Dios”. No es sorprendente que el siervo de Dios escribiera: “A él [es decir, a Dios] sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén” (Efesios 3:21).

Y, como Dios siempre actúa con propósito, también tuvo un propósito con la creación de la iglesia. Su intención fue que la iglesia sea el agente que cuente la verdadera historia de la salvación a toda la gente por todas las generaciones. Así que ahora conoce la misión de la iglesia de Dios. ¡Sí, sí, sí! Los miembros de la iglesia se deben amar los unos a los otros, así que nosotros lo hacemos. También deben ser buenas personas en un mundo de maldad, y deben vivir como una familia y apoyar las buenas obras—todo eso y mucho más. Y eso es lo que somos y lo que hacemos. ¡Somos los hijos de Dios! Pero el trabajo de la iglesia, es decir, la misión de la iglesia, ¡es predicar y enseñar el Evangelio a toda criatura en todo el mundo!

Así que Dios, el Creador, planeó la iglesia incluso antes de los eventos de Génesis 1:1. Y en Mateo 16:13–19, el cual es nuestro texto de estudio, Jesucristo, el Hijo de Dios, anunció a los apóstoles y por ende a todo el mundo, “Edificaré mi iglesia”. Cristo también aseguró a los apóstoles que “las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. Con esto, Él no estaba diciendo que la iglesia siempre crecería y prosperaría ya que Satanás y todos sus demonios nunca tendrían el poder de prevalecer contra ella. Ni la construcción gramática del texto ni el contexto justifica esta interpretación. A parte de ser errónea, esta enseñanza en las iglesias de Cristo ha sido extremadamente desafortunada—y destructiva. Esta enseñanza es falsa, y ¡ha sumergido a muchos de nosotros en un dormitar del cual debemos despertar!

Entonces, ¿qué estaba diciendo Jesús? Estaba diciendo que las puertas del Hades no prevalecerían contra ella o contra su establecimiento. Mi amigo, la muerte es la única entrada al reino del Hades. Jesús sabía que se estaba acercando el tiempo cuando Él tenía que enfrentar la muerte. Y en esencia, Él estaba diciendo, “Pronto seré muerto en manos de hombres impíos, pero ustedes, mis apóstoles, pueden tener confianza en esto: Yo edificaré mi iglesia. ¡Lo haré! ¡Incluso la muerte no podrá prevenirlo! Edificaré mi iglesia”. Y a pesar de la crucifixión en manos de gente impía, ¡Él lo hizo, mi amigo! Solo algo de dos meses después, se lee que Él estaba añadiendo cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hechos 2:47). Esa es la primera vez que leemos de la iglesia en tiempo presente. Y se menciona a la iglesia más de 100 veces en la Versión Reina Valera como una realidad. Además, se hace referencia a ella en muchos tipos y maneras diferentes, tales como el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:27); el reino de Cristo (Efesios 5:5); la esposa de Cristo (Apocalipsis 22:17)—y también en otras maneras.

La “Iglesia de Cristo” no es el nombre. Esa terminología es posesiva. Hay a lo menos cinco razones por las cuales creemos que la iglesia de la Biblia le pertenece a Cristo.

- Él dijo que Él la edificaría, y Él lo hizo (Mateo 16:18).
- La edificó sobre la fundación de Su deidad establecida (Mateo 16:18).
- La adquirió miembro por miembro, por Su propia sangre (Hechos 20:28).
- Él es la cabeza de ella (Efesios 1:22–23).
- Él es su Salvador (Efesios 5:23) y su Redentor (1 Pedro 1:18).

¡Esta es Su iglesia, mi amigo! Y Dios es glorificado por medio de ella cuando se la designa como Él la designó.

Desde luego, los estudiantes de la Biblia saben que la iglesia comenzó en el día de Pentecostés: el 30 d.C. o el 33 d.C., dependiendo en la manera que midamos el tiempo. Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles—como Jesús había prometido en Juan 16:5–15 y en Hechos 1:5—Pedro predicó, y “se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2:38–42). Realmente, necesita leer todo el segundo capítulo de Hechos. La iglesia comenzó en Jerusalén. Pero se extendió rápidamente, así como el Señor había planeado, en “Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Y alrededor de treinta años después que comenzó, el apóstol Pablo dijo que se había extendido a toda la creación bajo el cielo (Colosenses 1:23). Los historiadores fidedignos nos cuentan que del medio billón de personas en el mundo del primer siglo, ¡más de un millón de ellos ya eran cristianos a finales del primer siglo! Los mismos historiadores también nos dicen que en el primer siglo—sin nuestros medios modernos de comunicación y transporte—esa iglesia era el movimiento creciente más grande en la historia del mundo hasta nuestros tiempos! ¡Eso es sorprendente! ¡Es emocionante! Y eso pasó durante el tiempo que la iglesia fue perseguida más—¡más severamente que en cualquier momento de sus dos mil años de historia! Durante gran parte de ese tiempo, los cristianos estuvieron forzados a permanecer anónimos y reunirse para adorar en lugares secretos.

Los judíos habían rechazado a Jesús como el Mesías de las profecías del Antiguo Testamento. Ellos le habían crucificado; y no eran menos hostiles hacia Su iglesia. De hecho, Jesús advirtió a Sus apóstoles:

Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo... Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú [el príncipe de los demonios], ¿cuánto más a los de su casa? (Mateo 10:22–25).

Como Pedro también dijo:

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría (1 Pedro 4:12–13).

Eso también se puede aplicar a las iglesias de Cristo del siglo veintiuno. Amados, no se sorprendan si los hombres ignorantes e impíos hablan mal acerca de ustedes. Ellos llamaron a nuestro Salvador y guía “príncipe de los demonios”. Así que no debemos sorprendernos tanto cuando digan cosas falsas acerca de nosotros—Sus seguidores. Simplemente, no sea convencido o derrotado por tales cosas.

¿Por qué cree que la iglesia del Nuevo Testamento creció tanto? ¿Por qué cree que fueron apodados en Hechos 17:6 como los “que trastoman el mundo entero”? ¿Fue porque estaban dispuestos a comprometer su doctrina y sus vidas cristianas para conformarse al mundo alrededor de ellos? ¿Abandonaron al Señor para conseguir más “partidarios” y mantener un estatus popular en la comunidad? Solamente la persona espiritualmente cegada pensaría de esta manera.

La razón real por la cual la iglesia creció tanto es que esos cristianos antiguos creían y enseñaban algo completamente diferente a las culturas en las cuales predicaron el Evangelio. Esa doctrina nueva y diferente “trastornó el mundo entero”. Ellos hubieran evitado la persecución si no hubieran sido tan diferentes, tan inflexibles y tan demandantes, ya que Jesús les había dicho lo que el cristiano fiel experimentarían. Pero ellos escogieron ser fieles y sufrir las consecuencias. ¿Pudo ser esa una razón por la cual fueron calificados como una secta?

Estoy diciendo que la iglesia del Señor hoy puede ser calificada como una “secta” o un “grupo de fanáticos supersticiosos” ya que es diferente; ella enseña una doctrina diferente a la que la gente oye en otros grupos religiosos en las esquinas de las calles.

Nuestro tiempo para este programa se está agotando, así que por favor abra su Biblia y lea 1 Pedro 2:9 en adelante, y Tito 2:14. Ore conmigo ahora.

Padre, te agradecemos por Tu Palabra y por la distinción del cristianismo que debe ser luz para el mundo. En el nombre de Jesús. Amén.

Hemos mostrado a través de la Biblia que la iglesia fue planeada por Dios y que comenzó en Jerusalén en el día de Pentecostés. Fue edificada por Cristo, después de Su muerte, sepultura y resurrección. Así como en Jerusalén, más iglesias nacieron en Antioquía de Siria y en la isla de Chipre. También en Antioquía de Pisidia, en el Asia Menor y las regiones de Galacia. Mientras se predicaba el Evangelio, nacieron iglesias por todo el mundo conocido: en Corinto, Atenas, Tesalónica, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Roma, las Islas Británicas, Norteamérica, Sudamérica y hasta el fin del mundo. Usted puede ver que el Evangelio de Cristo produce iglesias de Cristo dondequiera que se predique, crea y obedezca.

Las iglesias de Cristo no estaban tratando de ser simplemente otra denominación en el primer siglo, ni tampoco estamos tratando de serlo en el siglo veintiuno. Tampoco estamos tratando de ser la única denominación correcta. Ni siquiera estamos tratando de ser una denominación en absoluto, mi amigo. Estamos tratando de ser la iglesia de la cual puede leer en el Nuevo Testamento.

¿No le emociona eso? ¡Eso me emociona! Ninguno de nosotros ha llegado a ser un cristiano perfecto, pero estamos tratando. Asimismo, ninguna iglesia que conozco es una iglesia de Cristo perfectamente desarrollada, pero ¡todavía estamos trabajando en eso!

Dios le bendiga. Le amamos.

¿POR QUÉ TANTAS DENOMINACIONES?

La despedida del apóstol Pablo a los ancianos de la iglesia en Éfeso se registra en Hechos 20:17–38. Una porción de esa Escritura dice,

Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos (Hechos 20:28–30).

En su primera carta a Timoteo, Pablo escribió, “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe” (1 Timoteo 4:1). Luego, en su despedida a Timoteo, Pablo escribió esto otra vez. ¡Esta era una advertencia que valía la pena repetir!

Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas (2 Timoteo 4:1–4).

El apóstol Pedro también advirtió:

Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aun negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado (2 Pedro 2:1–2).

Esas y otras profecías comenzaron a cumplirse antes del final del primer siglo. La iglesia en Éfeso es un buen ejemplo de ese cumplimiento. Ésta había sido una gran iglesia. Pero alrededor del año 96 d.C., mientras que el apóstol Juan estaba exiliado en Patmos por predicar la verdad del Evangelio, cuando recibió la revelación que constituye el último libro del Nuevo Testamento, la iglesia en Éfeso había cesado de ser todo lo que había sido antes. Sabemos eso porque en Apocalipsis 1:9–20 Juan describió la visión que tuvo del Hijo del Hombre que estaba en medio de los siete candeleros de oro. Él no entendía lo que significaban los candeleros. Nosotros tal vez tampoco entenderíamos eso si el Señor no nos lo hubiera explicado: “los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias” (Apocalipsis 1:20). El Señor comisionó a Juan que enviara cartas a cada una de esas iglesias en Asia. Una de esas iglesias estaba en Éfeso. El mensaje del Señor para esa iglesia que una vez fue fiel era el siguiente:

Yo conozco tus obras... Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido (Apocalipsis 2:2–5).

Esa iglesia que fue una vez fiel dejaría de ser la iglesia del Señor si no se arrepentía. Eso no significaba que las otras iglesias marcarían o se separarían de la iglesia en Éfeso. No, no significa eso; eso no es lo que el Señor dijo. El Señor dijo que Él quitaría su candelero—Él mismo. Así que cuando las iglesias se apartaran de la fe, el Hijo de Dios quitaría sus candeleros, su identidad.

Bien, eso no pasó inmediatamente. Los historiadores nos cuentan que la apostasía se desarrolló tan lentamente que probablemente la mayoría de miembros no supo si incluso había pasado. Algunas personas de hoy—casi veinte siglos después—todavía mantienen con orgullo su membresía en una iglesia apóstata. Ellos se

enorgullecen en el hecho que pueden trazar su linaje hasta Hechos 2. Pero no se dan cuenta que esa iglesia se ha apartado tanto que no tiene incluso un parecido mínimo a la iglesia del Nuevo Testamento.

La primera desviación tuvo que ver con la organización. Jesucristo, el Señor resucitado, es la cabeza de la iglesia de la cual puede leer en su Biblia (Efesios 1:22; 5:23). Él nunca ha cedido esa posición o delegado esa autoridad a ningún ser humano, mi amigo—no, ni siquiera al apóstol Pedro. Él escogió a doce hombres, les enseñó y les entrenó para que sean Sus apóstoles, personas enviadas por Su autoridad como embajadores de Su reino (2 Corintios 5:20). Uno de ellos le traicionó y fue reemplazado por Matías (Hechos 1:26). La Biblia no nombra en ningún lugar a sucesores de cualquier otro apóstol. Después Pablo fue escogido especialmente para ser un apóstol “como a un abortivo” (1 Corintios 15:8). Él no fue escogido para ser el sucesor de algún apóstol, sino para ser un apóstol. Y esos apóstoles todavía viven en la iglesia de hoy a través de sus escritos y ministerio. Nunca hubo, ni nunca habrá, más apóstoles en la iglesia del Señor.

Según Efesios 4:11, Cristo dio a otros el don de ser profetas. Este don fue dado a la iglesia antigua para “perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de...la plenitud de Cristo” (Efesios 4:12–13) o hasta que la voluntad de Dios fuera revelada perfectamente o completamente, como se señala en 1 Corintios 13:10. Los apóstoles y profetas continúan viviendo en la fundación de la iglesia por medio de sus enseñanzas encontradas en las Escrituras (Efesios 2:19–22).

Existe autoridad bíblica para tener evangelistas, pastores y maestros en las iglesias de hoy (vea Filipenses 1:1; 1 Timoteo 3:1–13; Tito 1:1–16). Ellos continúan el trabajo de preparar y edificar al cuerpo de creyentes en las iglesias locales.

El Nuevo Testamento usa cinco palabras—ancianos, presbíteros, obispos, supervisores y pastores—sin hacer distinción de oficio o rango. Estos eran hombres (siempre hombres) que los miembros escogían de entre la congregación para cumplir el trabajo descrito en Hechos 20:17–38, como lo leímos anteriormente. Tito 1:16 también menciona esa obra. Y en el Nuevo Testamento nunca se lee acerca de sínodos, concilios, convenciones, asociaciones o conferencias compuestas de delegados de todas las iglesias en localidades diferentes, y que constituyen un cuerpo legislativo eclesiástico. En cambio, la Biblia indica que había diáconos en las iglesias locales (Filipenses 1:1). Se ve un ejemplo de su trabajo y servicio en Hechos 6:1–7 hasta el capítulo ocho. El trabajo del evangelista se describe en el nombre que se le da en Efesios 4:11—alguien que evangeliza o predica las buenas nuevas de Cristo. Sí, a lo menos dos hombres, Esteban y Felipe, escogidos por la iglesia para servir a los necesitados en la iglesia en Jerusalén, también predicaban (evangelizaban).

Hasta este momento en nuestro estudio, hemos usado la Biblia como nuestra guía. Y estamos perfectamente de acuerdo con lo que leemos en ella. ¿Está de acuerdo? Pero ahora debemos depender en los historiadores confiables. Así que si tiene dudas de cualquier información que se provea a continuación, le sugiero que antes que me escriba, vaya a la sección religiosa en su biblioteca pública y estudie estas cosas por sí mismo. Yo no sé qué libros tienen en su biblioteca local, pero tengo la confianza total que encontrará apoyo para lo que diré a continuación.

Los historiadores fidedignos nos ayudan a saber que poco después de la era apostólica, se formó el oficio permanente de presidente de los presbíteros. Al conceder a una persona la supervisión preeminente, se le designó el título de “obispo”. Así comenzó la apostasía. Se creó una nueva clase de líderes en la iglesia que fueron conocidos como “los obispos del pueblo”. Esto dio origen a convenciones ocasionales, compuestas de delegados de diferentes congregaciones, con el propósito de calmar las disputas entre ellos. Estas convenciones adoptaron autoridad legislativa. Pronto se originaron sínodos y concilios generales con funcionarios permanentes que presidían los eventos y quienes eran conocidos como “metropolitanos”. Los obispos comenzaron a reclamar el poder supremo. Ellos ya no laboraban juntamente con los presbíteros.

El primer concilio general fue convocado por el Emperador Romano Constantino el año 325 d.C. Se suponía que este concilio representaría a la iglesia universal. Juan el Rápido, obispo de Constantinopla, asumió el título de “Obispo Universal de la Iglesia” el año 588 d.C. Pero Bonifacio III, patriarca de Roma, transfirió el título a su persona y llegó a calificarse primer papa en el año 606 d.C.

Con la exaltación de simple hombres a la posición del poder legislativo, también se originaron cambios significativos en las doctrinas fundamentales y en la adoración de la iglesia.

- El primer cambio, y el más obvio, fue que Cristo ya no era la cabeza de la iglesia apóstata.
- Las Escrituras ya no eran la autoridad final, como se nos enseña en Colosenses 3:16–17. Ahora era la “tradición de la iglesia” aprobada por el concilio. El Concilio Vaticano I, convocado por el Papa Pío IX, estableció la doctrina de la Infalibilidad Papal; es decir, cuando el papa habla ex cátedra—desde el trono—en cuanto a temas de fe y moralidad, anuncia la ley del Señor.
- Al comienzo de la iglesia, el bautismo era solamente para los creyentes arrepentidos (Hechos 2:38). Pero a mediados del segundo siglo, algunos “eruditos” notables hicieron referencia al bautismo de bebés. Algunos estuvieron de acuerdo, algunos en contra. Sin embargo, el bautismo bíblico fue para el “perdón de los pecados”, como se enseña en Hechos 2:38. También se llegó a enseñar que los bebés nacían con pecado, y se llegó a pensar que era necesario que se les bautizara el segundo día de su nacimiento para que no murieran estando manchados con los pecados que habían heredado.
- En el Nuevo Testamento siempre se administró el bautismo al sumergir a la persona (Romanos 6:3–4). Ese es el significado de la palabra. El bautismo no es “por inmersión”, sino es “inmersión”. El primer caso de rociamiento como un reemplazo del bautismo fue llamado “bautismo clínico”, ya que la persona sometida a esta clase de bautismo estaba muy enferma. Cuando se recuperó y estaba a punto de llegar a ser obispo, fue rechazado porque se argumentaba que no había sido bautizado. El rociamiento como una forma de bautismo no fue completamente aceptado sino hasta el Concilio de Ravena en el año 1311 d.C. Esta clase de “bautismo” nunca ha tenido la aprobación de Cristo.
- La música instrumental no fue aceptada en la adoración pública sino hasta el siglo octavo.

Hablaremos de otros temas de adoración en otra ocasión. He mencionado solamente algunos como ilustraciones del enunciado del apóstol Pablo que señalaba que “en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe”. Ciertamente muchos se han apartado de la fe.

Oremos a Dios.

Padre, te agradecemos por preservar a Tu iglesia a través de los siglos por medio de la verdad que Jesucristo se levantó de los muertos como la Biblia revela. Padre, oramos para que podamos persuadir a la gente en todo lugar a seguir Tus enseñanzas como se revelan en Tu Palabra encontrada en la Biblia. En el nombre de Jesús. Amén.

Usted debe estar preguntándose acerca del título que he puesto al mensaje de hoy—y todavía no lo hemos abordado, ¿no cree? Bien, la pregunta de muchos es, “¿Por qué existen tantas denominaciones?”. Usemos el resto de nuestro tiempo respondiendo esta pregunta.

Mientras pasaban los siglos, hubo más desviaciones de la fe, y la iglesia apóstata, dirigida por muchos hombres obsesionados por su gran poder, llegó a corromperse moralmente como doctrinalmente. Pero no todos se conformaban o cedían ante ellos. Los hombres que tenían un valor inusual—quienes eran miembros de la iglesia apóstata pero que tuvieron la oportunidad de conocer la Biblia—se esforzaron por reformar a la iglesia para hacerla como la iglesia de la cual leemos en el Nuevo Testamento.

John Wycliffe fue uno de ellos. Él nació alrededor del año 1320 d.C. Fue llamado “La Estrella del Amanecer de la Reforma”. Es mejor conocido por su traducción inglesa de la Biblia, haciendo posible que el mundo de habla inglesa pudiera leer la Biblia por sí mismo. Él hizo cincuenta acusaciones a la iglesia apóstata. Murió en 1384.

Martín Lutero, quien vivió desde 1483 a 1546, ha menudo ha sido llamado “El Padre de la Reforma”. A él se le recuerda por haber clavado un documento que contenía 95 tesis en la puerta de la iglesia en Wittenberg, Alemania.

Juan Calvino, desde 1506 a 1564, fue otro gran reformador. Su influencia puede haber sido mayor entre los protestantes en los cinco siglos posteriores que la influencia de cualquier otro que hayamos mencionado antes o que podamos mencionar después.

Aunque estos reformadores—y muchos otros que no tengo el tiempo de mencionar—fueron grandes hombres que tuvieron grandes ideas y estuvieron determinados a reformar la iglesia apóstata, fueron solamente hombres. Y nosotros debemos aceptar lo que enseñaron solamente si esas enseñanzas están en armonía con las enseñanzas claras del Nuevo Testamento. Ellos estaban unidos por los ideales nobles de la Reforma, pero diferían grandemente en algunos temas importantes de fe y doctrina. Y a causa de esas diferencias, se formaron las denominaciones antiguas. A causa de la idea que el cristianismo denominacional tiene la aprobación de Dios, se abrió las puertas a cualquier otra denominación nueva que alguien quisiera comenzar según el fundamento que deseara. No podemos evitar hacer la pregunta que Pablo hizo:

Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? (1 Corintios 1:12–13).

La próxima semana abordaremos la idea, no de la Reforma, sino de la necesidad de regresar al Nuevo Testamento en nuestra sociedad actual y en nuestro mundo religioso moderno.

Dios le bendiga. Le amamos.

¿ES NECESARIO SER UN MIEMBRO DE LA IGLESIA DE CRISTO?

En la primera lección en esta serie estudiamos acerca de las iglesias de Cristo y en cuál iglesia se encuentran los salvos. En la siguiente lección, consideramos las preguntas: ¿Quién realmente comenzó la iglesia de Cristo, y cuándo? Y la semana pasada en nuestro estudio, consideramos las profecías en cuanto a la desviación de la fe, y estudiamos muy brevemente la manera en que estas desviaciones se desarrollaron. Analizar todo esto en detalle requeriría todo un año de programas como estos. También hablamos de la iglesia apóstata, el gran Movimiento de la Reforma que se extendió en Europa y el comienzo de algunas denominaciones. Hoy consideraremos la necesidad urgente de regresar al concepto original de la iglesia como se revela en el Nuevo Testamento. Lo que leemos en el Nuevo Testamento es cristianismo verdadero, mi amigo. En vista de la desviación descrita en 1 Timoteo 4:1–3, muy poco de lo que se ofrece hoy en día como cristianismo realmente es cristianismo. No siento alegría al decir eso, pero si usted es un estudiante de la Biblia, también sabrá que eso es verdad.

Nosotros admiramos a los hombres que dedicaron sus vidas a tratar de reformar la iglesia apóstata al intentar traerla en conformidad con las enseñanzas del Nuevo Testamento. Algunos de ellos fueron tan dedicados en su meta que incluso murieron por ella. ¡Sí! Eso es realmente cierto. Quiero decir que algunos de ellos encontraron literalmente la muerte por enseñar y predicar lo que creían. Y eso es muy difícil de entender hoy. Usted puede ver que lo que se llama cristianismo en nuestra sociedad actual está grandemente influenciado por la filosofía mundana que declara que la “verdad es relativa”. Se considera dogmatismo que las iglesias hoy en día hablen de la “verdad absoluta” en cuanto a algo, incluso en cuanto a lo que la Biblia dice. Pero a pesar de las buenas intenciones de los reformadores, ellos fallaron a lo menos en dos puntos.

- Su reforma no alcanzó su meta porque ellos aceptaron sin protesta algunas de las desviaciones principales de las enseñanzas del Nuevo Testamento. Será suficiente mostrar tres ejemplos rápidos en este punto: primero, el bautismo de bebés; segundo, el bautismo por rociamiento; tercero, el uso de instrumentos musicales en la adoración a Dios.
- Al protestar en contra de las doctrinas principales de la iglesia apóstata, ellos formaron sus propios credos. Por ejemplo, Martín Lutero se opuso a la “salvación por obras meritorias”, como la iglesia apóstata la practicaba. Así que estableció como doctrina la “salvación por fe solamente”. Eso distinguía a sus seguidores de cualquier otro que profesara ser cristiano. ¿Transforma eso a Lutero y a sus seguidores en un grupo de fanáticos supersticiosos? No, de ninguna manera. Ciertamente les hace una denominación, pero no un grupo fanático.

Juan Calvino creó un sistema de elección incondicional, redención particular, depravación total, gracia irresistible y perseverancia final de los santos. Él creyó y enseñó esa doctrina tan firmemente que aquellos que le seguían fueron (y son) conocidos como calvinistas. ¿Les transforma eso en un grupo de fanáticos supersticiosos? Tenga cuidado en cómo responde esa pregunta, ya que si responde en forma afirmativa, calificaría al predicador bautista que calificó a la iglesia de Cristo como “un grupo de fanáticos supersticiosos” como alguien fanático. Usted puede ver que esas cosas, y otras parecidas, dieron origen a divisiones y denominaciones con credos diferentes, confesiones de fe diferentes y así sucesivamente. Los reformadores dieron origen a las “denominaciones antiguas” al intentar reformar la iglesia apóstata. (Al decir “denominaciones antiguas”, quiero hacer referencia a las primeras, en contraste a las nuevas que están apareciendo en los últimos años). Note que cuando la comunidad religiosa aprobó la idea de denominacionalismo, llegó a ser popular fundar una nueva denominación. Llegó a ser algo “inteligente” decir, “Podemos estar en desacuerdo en cómo ser salvos. Pero si usted siente que es salvo, le aceptaremos a pesar de lo que Dios diga en Su Palabra”.

A finales del siglo dieciocho y a comienzos del siglo diecinueve, hubo grupos de personas entre los reformadores de Europa que reconocieron sus fallas y rechazaron la idea de la Reforma. Ellos buscaron “restaurar” el cristianismo del cual podían leer en el Nuevo Testamento. En otras palabras, estaban diciendo, “Vayamos a la Biblia. Volvamos a la Biblia”. Como resultado de la invención de la imprenta, la gente ordinaria llegó a tener acceso a la Biblia. Estos nuevos hombres no buscaron ser la denominación de su elección, sino ser “solamente cristianos”, sin ningún calificativo que los separaran—simplemente miembros de la iglesia que Jesucristo dijo que edificaría. Se establecieron congregaciones en Glasgow, Escocia (1778); Edimburgo, Escocia (1798); Gales del Norte (1779); Tubemore, Irlanda (1807); Manchester, Inglaterra (1810); y en muchos otros lugares.

Entonces, no debería sorprendernos que con el descubrimiento y desarrollo del Nuevo Mundo, algunas de esas personas vinieran a estas costas y establecieran iglesias aquí. James O’Kelley, un predicador metodista que se arraigó al gobierno congregacional y a la Biblia como la única regla de fe y práctica, estableció una iglesia de Cristo en Manakintown, Virginia (1793). El Sr. Abner Jones, un médico de Hartland, Vermont, y a la vez un bautista que llegó a estar insatisfecho con los nombres y credos humanos, estableció una iglesia de 25 miembros en Lyndon, Vermont, otra en Bradford y otra más en Piermont, New Hampshire (1803). Barton W. Stone, un predicador presbiteriano que no estaba completamente de acuerdo con la *Confesión de Fe de Westminster*, trabajó arduamente en Kentucky. Thomas Campbell y su hijo Alexander Campbell eran ex predicadores de la Iglesia Presbiteriana Asociada. Thomas Campbell vino a Norteamérica en 1807; Alexander vino en 1809. Ellos se establecieron en el Condado de Washington, Pennsylvania, y pronto llegaron a afiliarse con la Iglesia Bautista. A través de mucho estudio, llegaron a convencerse, al leer Hechos 2:38, que el bautismo era necesario “para el perdón de los pecados”. En noviembre de 1843 fueron forzados a salir de la Iglesia Bautista para predicar el cristianismo del Nuevo Testamento. Walter Scott, un presbiteriano, vino a Norteamérica en 1818. Pronto llegó a la misma conclusión que Thomas y Alexander Campbell llegaron acerca del bautismo.

Estos hombres fueron líderes en sus denominaciones respectivas. Sin embargo, llegaron a darse cuenta del error de los estándares humanos en la religión. Cada uno renunció a las doctrinas humanas tales como el rociamiento y el bautismo de bebés para ser “solamente cristianos”.

Ahora, esto es solo una mención breve de solamente unas pocas personas y su obra en las iglesias de Cristo—muchos de ellos incluso hicieron sus obras antes que Thomas y Alexander Campbell. Pero esto es suficiente para que cualquier persona inteligente vea que Alexander Campbell no comenzó la iglesia de Cristo. Nosotros tal vez nunca sepamos cómo o cuánto fue influenciado por los que le precedieron. El punto es que, antes del trabajo de Alexander Campbell, ya había iglesias de Cristo en Europa y América, y solamente Dios sabe dónde más. Miles de personas fueron enseñadas e inspiradas a no ser cristianos denominacionales. Esta idea de restauración del siglo diecinueve ha sido elogiada incluso por historiadores seculares como “el segundo gran renacimiento en la historia de América”. La idea de ser cristianos y formar iglesias como las del Nuevo Testamento se extendió como algunos de los incendios incontrolables que hemos experimentado en Oklahoma y Texas este año.

Mucha gente que entiende lo que hizo Alexander Campbell aprecia su trabajo, pero él no dio origen a la iglesia de Cristo. Jesús dijo, “Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). En esencia Él estaba diciendo, “Los hombres podrán matarme, pero ellos no me impedirán edificar mi iglesia”. Sí, ellos le mataron, pero no le impidieron edificar Su iglesia. Él la edificó sobre la roca sólida a la cual Pedro hizo referencia: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16). La Biblia dice en 1 Corintios 3:11, “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo”. Yo oigo a los predicadores decir, “Yo predico el cristianismo, no el iglesianismo”. ¡Qué vergüenza! Es imposible enseñar la

historia completa de Jesucristo y no enseñar acerca de Él como la “piedra probada”, la piedra de cimiento, el Edificador de Su iglesia (Isaías 28:16).

Así que, para todas las personas como Nancy Grace—dondequiera que estén o quienes sean—y quienes hagan la pregunta, “¿Creen los miembros de la iglesia de Cristo que se debe ser un miembro de su iglesia para ir al cielo?”, déjeme decir esto. Por favor escúcheme por un momento más. La gente salva—estoy hablando de la gente que el Señor ha salvado—ha sido añadida por Él a Su iglesia. Quiero decir que las personas que realmente irán al cielo en la vida venidera no tienen la opción de ser o no ser miembros de Su iglesia. Eso es lo que la iglesia es, mi amigo—¡gente salva!

Si usted quiere ser salvo pero no quiere ninguna afiliación con otras personas que el Señor ha salvado, existe algo erróneo en su fe. Además, no sería feliz en el cielo incluso si iría allá, ya que en ese lugar estará la iglesia fiel. El Señor no le dice, “Venga y sígame, y yo le llevaré al cielo, pero no tendrá que asociarse con esos miembros de Mi iglesia que parecen un grupo de fanáticos supersticiosos”. No, esa no es la manera en que el Señor nos llama. El Señor añade cada día a la iglesia los que son salvos. Nosotros leímos esto anteriormente en Hechos 2:47. Él—y solamente Él—salva a las personas (Hechos 4:12); por tanto, Él sabe quién es salvo. Y ningún voto de alguna denominación, conferencia o convención tiene que ver con esto.

¿Así que esto transforma a las iglesias de Cristo en un grupo de fanáticos supersticiosos? Pero usted puede decir, “Yo soy un miembro de la iglesia del Señor, yo soy un miembro de tal y tal denominación de Su iglesia”. Yo entiendo. Pero ¿de cuál? ¿De la de Cefas, de Pablo o Apolos? Pablo hizo esas preguntas a los miembros de la iglesia de Dios en Corinto (1 Corintios 1:10–13). ¿O es miembro de la iglesia de Lutero, Calvino, Stone o Campbell? Y déjeme preguntarle como el apóstol preguntó a los corintios: ¿Está Cristo dividido? ¿Murió por usted el hombre a cuya denominación pertenece? ¿Fue bautizado en el nombre de él?

Ocasionalmente oigo o leo de algunas personas que hablan o escriben acerca de ser miembros de las iglesias de Stone y Campbell. Mi amigo, yo no lo soy. Cuando Jesús me salvó —quiero decir, ese mismo día—Él inscribió mi nombre en Su Libro de la Vida en el cielo (Filipenses 4:3).

Jesús fue Quien me añadió a Su iglesia (Hechos 2:47). Y ¿sabe qué? Pasó a lo menos una década completa—diez años o más—hasta que oí el nombre de Alexander Campbell por primera vez. Sí, ¡así fue! Y ¡yo creo que Dios ha hecho por cada persona salva desde el día de Pentecostés después de la resurrección de Jesucristo exactamente lo mismo que hizo por mí! Y ¡eso es suficiente para mí! Gracias a Dios yo no tengo que responder su pregunta de quién será salvo en el cielo y quién no. El Señor conoce a todas las personas que ha salvado. Y Él los ha añadido a Su iglesia. En otras palabras, ¡yo soy salvo por Su sangre! ¡Soy un miembro de Su iglesia! No estoy avergonzado de ninguna de las dos.

Aunque Dios no me ha hecho un juez, Él me ha dicho en Su Palabra lo que debo predicar. Yo estoy obligado por Su Palabra y mi consciencia a decirle exactamente lo que Él dice en cuanto a la salvación. Y es su responsabilidad completa decidir si acepta lo que Él dice o no. Las profecías del Antiguo Testamento y la realidad del Nuevo Testamento presentan a Jesús como el Salvador del mundo (Hechos 4:12). Después de probar que es el Hijo de Dios por medio de Su resurrección de los muertos, Jesús mismo dijo, “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18). En el evangelio de Marcos, Él dijo, “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Marcos 16:15–16). El relato de Lucas de ese evento es un poco diferente. Él citó a Jesús diciendo “que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:47).

Y cuando el apóstol Pedro predicó el primer sermón bajo esa comisión, dijo a los que creyeron en su mensaje:

Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo... Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas... Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos (Hechos 2:38–47).

Y eso es lo que le estoy diciendo, mi amigo. Espero que esté entre los que reciben el mensaje de salvación del Evangelio, y que permita que Cristo le añada a Su iglesia. ¿Lo haría? Oh, espero que lo haga. Debo decirle que esta decisión es entre usted y el Señor. Muchas personas que confiesan a Jesús como Señor han rechazado hacer lo que Él pide, pero creen que están yendo al cielo. Solo recuerde; fue Jesús Quien dijo, “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46).

Dios le bendiga y le guarde. Le amamos.